

Pasamontañas. Aproximaciones a un *look* insurrecto

Armando Bartra

En la cumbre

*El aplastante poder de Salinas, su sucesor, sus cambios,
sus reformas legislativas: un país a su gusto*
Portada de la revista *Proceso*,
6 de diciembre de 1993.

Termina 1993 y la calva del señor Presidente refulge más que nunca en los noticieros de televisión y en las fotografías de prensa. Exultante, el mandatario al que durante su campaña electoral llamaban “la hormiga atómica” y que había ganado los comicios con apenas la mitad de los votos y después de una sospechosa “caída del sistema”, llega al fin del mandato en la cúspide de su poder. La inminente entrada en vigor del Tratado del Libre Comercio de América del Norte y la designación de Luis Donaldo Colosio como candidato del PRI a la Presidencia son los temas mediáticos del momento.

Opositores como Herberto Castillo hacen balances negativos del sexenio y en la perspectiva de los comicios inminentes pronostican —sin demasiada convicción y condicionalmente— que “si los dañados con la política neoliberal de Salinas se inconforman, 1994 puede ser un año crucial para México”. En la otra orilla, intelectuales anexos al poder como Héctor Aguilar Carmín, sostienen con total certidumbre que el saliente es el gobierno más rico “en capital fiscal y político” en muchos años, y que el PRI ganará de calle la elección de 1994 con 60 por ciento de los votos.

Lo cierto es que a diferencia de lo ocurrido en el recesivo sexenio de Miguel de la Madrid, desde 1989 la economía había recuperado el crecimiento; el TLCAN, que algunos criticábamos por inicuo, era visto por muchos otros como la llave de acceso al “primer mundo”; y Colosio —el candidato de los ojos tristes— no venía de encabezar la Secretaría de Gobernación o del gabinete económico, como ya era

costumbre, sino de la debutante Secretaría de Desarrollo Social. Salinas, que había llegado a Los Pinos en medio de abucheos, terminaba el sexenio con alto índice de aprobación.

La madrugada del primero de enero de 1994 todo seguía igual. Pero desde entonces muchos mexicanos empezamos a mirar el ojal de un pasamontañas.

Madrugadores

La gente que hace la guerra está desesperada y porque estamos desesperados no nos preocupa ser simpáticos. Dicen que mis chistes son muy malos pero a mí me vale madres.
Subcomandante Marcos

Al amparo de la noche y apostando al descuido de la fuerza pública enfiestada por el Año Nuevo, unos cinco mil indios armados se posesionan de las cabeceras de los municipios chiapanecos de Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano, ocupan poblaciones menores como Hixtán, Chanal, Oxchuc, Abasolo, Chalam y San Andrés Larráinzar, y toman la ciudad de San Cristóbal de las Casas, donde dan a conocer la Declaración de la Selva Lacandona. El documento anuncia que “conforme a esta declaración de guerra, damos a nuestras fuerzas militares del Ejército Zapatista de Liberación Nacional [la orden de] avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano”. Y termina con un compromiso: “no dejaremos de pelear hasta lograr el cumplimiento de [las] demandas básicas de nuestro pueblo formando un gobierno [...] libre y democrático”.

Leído por un ominoso encapuchado con pinta de mestizo y forrado de cananas, la previsible retórica del manifiesto confirmaba nuestros peores temores: un grupo de “foquistas” trasnochados se había embarcado en una guerra revolucionaria de funestas consecuencias para todos.

Las primeras imágenes que llegan de San Cristóbal son tan siniestras como las palabras. Un combatiente zapatista de mirada dura y sin pasamontañas apunta con su arma al etnofotógrafo Antonio Turok —radicado en esa ciudad— quien congela la amenaza en una foto. En un registro de Carlos Cisneros, del diario *La*

Jornada, una turba de jóvenes armados saquea el archivo municipal y en otra el encapuchado que comanda a los alzados lee un comunicado desde el balcón del Palacio de Gobierno. Ese día el EZLN no tiene bajas, pero al siguiente, el ejército federal contraataca y hay muertos en el sur de San Cristóbal, en Rancho Nuevo y en Ocosingo. Cisneros, Claudio Olivares, Francisco Mata Rosas, Fabrizio León, Guillermo Castrejón, entre otros, dan cuenta gráfica del espantable despliegue militar y de la primera sangre derramada.

Pero cuando sentíamos que los fantasmas del pasado estaban de vuelta, algo se salió del gozne. El descentramiento ocurrió durante la temprana entrevista de prensa en que el portavoz de los alzados comunicaba a los medios que la marcha del EZLN no se detendría hasta tomar Palacio Nacional. Y es que el que empezábamos a identificar como Subcomandante Marcos no pudo resistir la tentación de apostillar: “lo único que el Comité Clandestino Revolucionario Indígena aún no ha decidido —dijo— es si haremos escala en Tres Marías para comer quesadillas”. Entonces comenzó de veras la revolución.

Diez días más tarde el EZLN dejaría las armas en resguardo para iniciar un activismo cívico que 17 años después persiste. Como persiste su capacidad de desquiciar los modos habituales de hacer política. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 33. Viajes al Centro de la Imagen I*
México, Centro de la Imagen/ Conaculta/ Cenart, 2011.